

de Santa Ana : no me admiro de que los mayores Emperadores hayan levantado suntuosos edificios en honra suya ; que la Iglesia haya señalado dias en que se la tributen solemnés cultos , ni de que todos los fieles acudan à los Templos consagrados à su honor , à implorar su intercesion , y patrocinio : la Madre de Maria Santisima , siempre será digno objeto del culto de los verdaderos Christianos.

Esta es , Catolicos , la gloria de los que se conforman humildemente con la voluntad de Dios , y adoran sus fines en los mayores trabajos con que su Magestad los prueba : à estas pruebas con que el Señor los aflige , se siguen muy abundantes recompensas.

Vuestras quejas , vuestras murmuraciones , vuestros esfuerzos , los arbitrios de vuestra prudencia , nunca podrán trastornar los designios que Dios tiene para con vosotros , Catolicos ; estos siempre han de tener su debido efecto : conformaos con su voluntad , y adorad sus juicios en vuestras desgracias ; el negocio de vuestra eterna salud , que es muy diverso de los negocios del mundo , depende de Dios , y de vosotros , y se consumará tanto por medio de las prosperidades , como de las desgracias ; y vuestra conformidad con su voluntad santisima , os hará dignos de la Gloria eterna : *Ad quam , &c.*

Y no me admira , señores , la devocion de los fieles , el zelo de la Iglesia , y las libertades de los Principes Christianos , quando se trata del culto de

SERMON

PARA EL DIA

DE SAN IGNACIO DE LOYOLA.

Esto vir fortis & Præliare bella Domini. Lib. i. Reg. cap. 18.

Sé valiente , y pelea por la Gloria del Señor.

LA Divina Gracia , siempre solícita del bien , y de la salud del hombre , se acomoda en algun modo à su flaqueza , para hacerle Santo ; presenta à su corazon aquellos mismos objetos , que antes le agradaban , y consagrando hasta sus propias pasiones , hace que éstas sirvan en el principio para su conversion , y despues para su santificacion perfecta : Magdalena convertida , emplea en su Salvador todos los amorosos afectos , que tan prodigamente havia antes repartido con el mundo : San Pablo , despues de haver sido derribado en tierra , se levanta con la misma grandeza de alma , y con el mismo valor , pero emplea uno , y otro en establecer , y defender la Religion que antes havia tan cruelmente perseguido : San Agustin , despues de haver abandonado sus errores , y desordenes , emplea todo su entendimiento , y todo su corazon en sacar del camino de la heregía , y del libertinage , à los que

seguian las sendas de la perdicion: me parece, Señores, que ya haveis hecho la aplicacion de estos exemplares que acabo de proponeros à el Gran Santo, cuya festividad celebramos en este dia, y que estais persuadidos à que la gracia obraria en San Ignacio de Loyola grandes prodigios, pues la naturaleza le havia hecho hombre singular: es indubitable, Catolicos, que la Divina Gracia halló en nuestro Santo muy felices disposiciones; halló una nobleza de pensamientos, que suele ser efecto de un nacimiento distinguido, una imaginacion viva, y un valor intrepido; halló en él, prudencia en la execucion de sus proyectos, constancia en los peligros, y valor en las mas arduas empresas; en una palabra, la gracia halló en San Ignacio todas aquellas prendas que constituyen à los hombres grandes: para santificar, pues, à una alma tan enriquecida de dones naturales, era necesario hacerla mudar de objeto, sin que mudase sus inclinaciones, y hacerla pasar de una Milicia profana, à una Milicia santa, del servicio de los Reyes de la tierra, al servicio de Jesu-Christo, y purificar todas estas admirables qualidades, para hacer un Heroe Christiano, de aquel que parece podia aspirar à ser colocado en el numero de los Heroes del mundo: *Esto vir fortis, & proliare bella Domini*; bajo esta idea os he de representar hoy, Señores, à San Ignacio de Loyola: tres cosas son igualmente necesarias en un Heroe; el valor, la prudencia, y la felicidad: el valor sin la prudencia, hace à los hombres temerarios; la prudencia sin el valor, los hace tímidos; y quando à estas dos virtudes no acompaña la felicidad,

dad, pierden todo su merito para con los hombres: para emprender acciones heroycas, se necesita de valor, para gobernar estas acciones se necesita de prudencia, y para conseguir un fin glorioso, se necesita de felicidad: estas tres qualidades hicieron à San Ignacio de Loyola un Heroe Christiano, y son el asunto de este discurso: tuvo valor para emprender acciones heroycas; tuvo prudencia para gobernar estas acciones; y tuvo la felicidad de ver logrados sus intentos, coronando Dios sus trabajos con las mayores felicidades; pidamos à la Reyna de los Angeles me alcance de su Divino Esposo, gracia para hablar dignamente de las virtudes de su siervo: AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Sin valor, Catolicos, es igualmente imposible conseguir las empresas, tanto en el servicio del mundo, como en el de Dios: en todas partes se hallan escollos, y obstaculos: el cobarde tiembla à vista del peligro, y huye del enemigo; si quereis saber, Señores, hasta dónde llega el valor de San Ignacio, examinad las acciones que emprende por su propia salud, y por la salud de los demás hombres. Su valor resplandece en las acciones que emprende por su propia salud: no os parezca, Señores, que es mi intento haceros admirar en nuestro Santo un valor profano: si os le represento encerrado dentro de los muros de Pamplona, animado de aquel marcial ardor, que inspira en un Joven Noble la edu-

educacion militar, y el deseo de adquirir fama, volando de esquadron en esquadron, y encendiendo en el animo de todos los Soldados el mismo fuego, que à él le abrasa; si os le represento al frente de muchos valerosos Soldados, animandolos con su voz, y con su exemplo, no es mi intento dar à la ambicion mundana los elogios, que en un Christiano Pulpito solamente deben tributarse al Dios de los Exercitos: vuestra providencia, ò Dios mio, le guia à la brecha para herirle como à San Pablo, y en todas las gloriosas acciones de Ignacio, solamente intento hacer adorar vuestra providencia: el valor con que ahora se expone à los peligros, mudado por vuestra divina gracia, tendrá muy presto un objeto mucho mas digno de su generoso corazon: ved, Señor, que llega el feliz momento de su conversion, señalado en vuestros inmutables decretos: aquel brazo omnipotente, que supo echar por tierra à un cruel perseguidor, derribe tambien, y confunda à este ambicioso Joven: ya veo, Señores, à Ignacio derribado en tierra, y herido con una bala de cañon, que le rompió una pierna: Ignacio cae, y como si solamente su valor sostuviera el sitio de aquella Plaza, al ver su caída, pierden el animo los Navarros, y se entregan à discrecion: Ignacio es llevado al Campo de los Franceses; éstos, que saben respetar el valor, y el nacimiento aun en sus mismos enemigos, cuidan del herido con toda la atencion que merece su persona, hasta que algo restablecido, se halla en estado de poder ser conducido al Castillo de Loyola: allí, despues de haver sufrido los mas crueles dolores, Dios por su misericordia

dia se digna de hacer un milagro, para conservar al mundo un hombre, que havia de ganar tantas almas para el Cielo: Ignacio, para divertir su larga, y penosa convalecencia, pide unos libros, en que se hallan celebradas por los Poetas las acciones de los Heroes fabulosos; pero Vos, Señor, que cuidais de la salud de vuestros escogidos, dispusisteis, que en lugar de estas ridiculas Historias, llegase à sus manos la Historia de Jesu-Christo, y de vuestros Santos: en estas sagradas fuentes bebió las santas reflexiones que por ultimo le mudaron, y que aun hoy mudarian à muchos corazones rebeldes, si cuidaran de acudir à ellas. Ignacio movido, desengañado, y despertando de su letargo, llora, gime, se muda, y se convierte: su conversion fue la alegria de los Angeles del Cielo; la casa en que habitaba se estremeció hasta los fundamentos, manifestando Dios con señales milagrosas que aceptaba el Sacrificio de su Siervo; ¿pues qué no debe esperarse de una conversion en que tanto se interesan el Cielo, y la tierra? Ignacio se convierte, y en el mismo instante de su conversion manifiesta su valor, por medio de las heroycas acciones que emprende para conseguir su eterna salud: pecadores, que como nuestro Santo os sentis movidos de Dios, aprended de él, à ser fieles à la gracia: Ignacio se propone inmediatamente practicar una conversion perfecta; esta perfecta conversion encierra en sí la mudanza del corazon, y la mortificacion del cuerpo; esta es la idea que Dios, por sus Profetas, nos dá de una perfecta conversion: *Convertimini ad me in toto corde vestro, in jejunio, in fletu, in planctu*: no basta aban-

abandonar el pecado, si no que es tambien necesario expiarle. *sy eb sivas sup. endmor un obnum la*
 Veamos pues, Catolicos, el valor con que Ignacio emprende estas dos acciones: penitentes cobardes, en este illustre exemplar nada vereis que autorice vuestra tibieza, ni las indignas restricciones que haceis, como Caín, Saul, Ananías, y Safira: hoy os enseña Ignacio, que el que no se entrega todo à Dios, ò reserva para sí alguna cosa, se niega absolutamente à su Magestad: os enseña, que no debeis contentaros con una reforma exterior, con un metodo de vida mas regular, ò con algunos superficiales ejercicios de virtud, en los que regularmente suele consistir toda la conversion de aquellos, que parece aspiran solamente à adquirir una vana reputacion, y à ser tenidos del mundo por lo que no son en la presencia de Dios. La penitencia, como dice el Profeta, ha de obrar interiormente antes de manifestarse en el exterior: *Scindite corda vestra, & non vestimenta vestra.* Ignacio, preocupado con las ideas, y maximas del mundo, las que hasta entonces le havian servido de arreglo en su conducta; dotado de un talento vivo, y agradable; igualmente esclavo de las pasiones que lisongean al alma, y de las que encantan el corazon; no habiendo sabido nunca ni refrenar su altivez, ni poner limites à su inclinacion, piensa desde entonces, que le es necesario oponer unos fuertes diques à estos dos torrentes, agotar del todo sus inficionados manantiales, y arrancar la raiz de aquellas funestas semillas, que produciendo continuamente nuevos frutos de maldad, le apartan tanto mas de Dios, quanto mas le unen

unen al mundo, y à sí mismo: conoce todas estas verdades, y sin detenerse à examinarlas, como hacen muchos cobardes pecadores, que se lisongean con los deseos de la conversion que siempre están premeditando, y nunca llegan à poner en execucion, sin temer la fantasma del mundo, sin dar oídos à las vanas razones de una pasion artificiosa, que procura apartar el golpe que la ha de sacrificar para siempre, renuncia sin detenerse las inclinaciones, y afectos que en su corazon havian formado unos lazos muy dificiles de romper; mira como su mayor confusion aquellas cadenas que en otro tiempo le havian parecido tan gloriosas; el idolo del mundo, al que su corazon adoraba, que le turbaba en sus oraciones, como confesó él mismo despues à un amigo suyo, contandole las circunstancias de su conversion, que le distraía de sus santas reflexiones, y le apartaba de sus mas generosos propositos, este idolo cayó como el de Dagon en presencia del Arca: pero ah! con cuánta amargura de su corazon, exclamaba continuamente, como en otro tiempo San Agustin; ¡ò hermosura tan antigua, y tan nueva! ¡por qué ò Dios mio, por qué havré yo empezado à amaros tan tarde! *Sero te amavi.*
 La pasion dominante en nuestro Santo, era la ambicion, pasion que miran como nobleza de animo los mundanos, y asi contra ella dirigió Ignacio sus primeros combates: siguió perfectamente el consejo del Espiritu Santo, y se humilló à proporcion de lo que se havia ensalzado: *Quanto magnus es, tanto humiliat te in omnibus.* No era, Catolicos, un espectáculo digno de los Angeles, y del mismo
 Tom. IV. T Dios,

Dios, ver à un hombre distinguido en el mundo por su nacimiento, y su merito, confundido en un hospital con una multitud de pobres mendigos? en otro tiempo, Ignacio gustaba de dejarse ver en la brecha de una muralla, al frente de un escuadrón de nobles valerosos, y ahora oculto, desconocido, y despreciado, busca los lugares mas humildes; en otro tiempo no omitia diligencia alguna para grangearse las atenciones del mundo, y para merecer su estimacion, hasta llegar à sufrir (¡ò infame vanidad del hombre!) crueles tormentos por conservar la hermosura de su cuerpo: pero ¡ò Dios mio! ¡qué mudanzas no obra vuestra gracia en un corazón docil à vuestras inspiraciones! ¿Es este hombre el mismo que vemos hoy caminar, cubierto con un saco, desnuda la cabeza, y con un bordon en la mano? ¿Es este hombre altivo, y sobervio, el mismo que hoy vemos pidiendo una limosna de puerta en puerta? ¿Es este hombre vano, y mundano, el mismo que hoy tan cuidadosamente oculta su nacimiento, para no ser conocido del mundo? Si hoy no vemos en los penitentes del mundo estas prodigiosas mudanzas, no es, ò Dios mio, porque no sea igualmente eficaz vuestra gracia, que en aquel tiempo, sino porque los hombres son infieles à vuestros llamamientos.

¿Pero à qué no se estiende el valor christiano, y de qué heroycas acciones no hace capáz à un verdadero penitente? Ignacio, temiendo ser conocido por su fisonomía, ò por la noble disposicion de su persona, afecta un trato rustico, y descuida tanto de su compostura, como antes havia cuidado de ella:

ella: solamente Dios puede conocerle; su rostro desfigurado, sus cabellos descompuestos, la barba tan crecida, que causaba espanto, todo esto hacia despreciable su figura à la vista de los hombres; pero todo esto era efecto de un valor heroyco, que le hacia agradable à los ojos de Dios: ¡oh sobervios mundanos! ¿cabe en vosotros mas amor à la gloria, que el que manifiesta Ignacio à los desprecios? Mirad à este hombre tan zeloso de su reputacion, y tan delicado en los puntos de honor, fingiendose insensato, para tener mas parte en las injurias que Jesu-Christo havia sufrido por su amor, siendo tratado como loco: ¿qué no hizo para desarraygar de su alma aquel amor à la gloria mundana, que tanto le havia dominado? Si para esto es necesario, como enseña San Bernardo, explicando estos diversos grados de humildad, si para esto es necesario renunciar los bienes de la tierra, y las esperanzas temporales, à exemplo de los Apostoles: *Abdicationem rerum exemplo Apostolorum*: Ignacio abandona su país, y sus bienes, y todo lo renuncia: si para esto es necesario desnudarse los vestidos ricos, y sobervios, como Elias, y el Bautista: *Abdicationem vestium sicut Elias, & Joanes*, Ignacio cambia sus ricos vestidos con los del primer pobre que encuentra: si para esto es necesario entregarse al trabajo corporal, como San Pablo: *Exercitium corporis ut Paulus*, Ignacio camina à pie, sufriendo las mayores incomodidades, y fatigas: si es necesario ser modesto en la prosperidad, como David, que de Pastor pasó à ser Rey: *Directionem in prosperis instar David pauperis, & Regis*, ò paciente en la adyersidad, como

Job, y Tobías: *Patientiam in adversis sicut Job, & Tobías*: Ignacio padece tanta pena en las alabanzas que le tributan, como experimenta alegría, quando se vé hecho objeto del escarnio de un tropel de muchachos, que se burlan de él: para Ignacio es poderosa razon para abandonar un país, el verse estimado en él, y solo se detendrá en donde sea desconocido, y despreciado.

Penitentes cobardes, ¿procurais vosotros arrancar de este modo de vuestros corazones las pasiones que en ellos dominan? ¿qué exemplar este, ó por mejor decir, qué argumento este tan fuerte contra vuestra cobardía! Pero si tanto os admira el valor que manifiesta Ignacio en la mudanza de su corazón, ¿qué direis al ver las acciones con que procura expiar sus culpas, y dar satisfaccion à la Divina Justicia? Después de haver borrado sus pecados con una humilde, sincera, y perfecta confesion, la que de tal modo interrumpia con sus lagrimas, que necesitó de tres dias enteros para acabarla, no pensó mas que en expiar sus culpas con una rigurosa penitencia; oíd vosotros, los que despues de haver vivido largo tiempo en los desordenes, quereis seguir todavia disfrutando los placeres, y que no teneis valor para armaros contra vosotros mismos, con los rigores de la santa penitencia, oíd la vida de un Santo; que era hombre como vosotros, pecador como vosotros, pero penitente mas singular, y mas valeroso que vosotros; animado con el exemplo de aquellos famosos Anacoretas, víctimas de la penitencia, que envejecieron en los desiertos, entre la aspereza de los rállos, y cilicios; admirado de su valor, y santamente

te indignado al contemplar su propia cobardía, se decia à sí mismo, como en otro tiempo San Agustín; ¿por qué no has de hacer tú lo que aquellos hicieron? *Non poteris quod isti, & istæ?* Siendo mayores las ofensas que tú has cometido contra tu Dios, que las que ellos cometieron, ¿por qué ha de ser menor tu penitencia que la suya? La gracia, el dolor de sus pecados, el deseo de ver vengado à su Dios, y un santo odio contra sí mismo, no le dan lugar à mas reflexiones: pasa toda una noche velando en oracion delante del Altar de la Reyna de los Angeles en la Iglesia de Mons Serrat; cuelga su espada en una columna cerca del Altar, dando à entender en esta accion que desde entonces renuncia à la milicia del mundo; y que alistado en la milicia del Señor, determina hacer cruel guerra à sus pasiones: no tiene mas casa que la de los pobres que le alvergan; no úsa de mas sustento, que del pan que recibe de limosna; su vestido se reduce à un aspero silicio, cubierto de lienzo; su cama es la dura tierra: las vigiliass, los ayunos, y la oracion, eran la mas suave ocupacion de su vida: ¡oh Dios mio! si los pecadores que me están oyendo, no os han ofendido menos que Ignacio, ¿por qué no le imitan en la penitencia? ¡Ah, Catolicos, cómo confunde nuestra cobardía el valor de este ilustre penitente! ¿quién sino vos, ó Dios mio, puede darnos noticia de la vida que hizo en la obscura cueva de Mons Serrat? Figuraos, Señores, un lugar desierto, mas propio para retiro de las bestias feroces, que para habitacion de criaturas racionales; una caverna tan obscura, que apenas pueden entrar en ella los rayos del Sol, sin